

"que con su rostro los ojos míos alegrar
"solía, mi alma con sus palabras confor-
"taba, mi corazón con su belleza traía do-
"mado, no como agora al yugo del des-
"amor y olvido, pero á la sabrosa cadena
"de su templada voluntad. Cierto yo no
"sé quién de aquí adelante me sea agrada-
"ble, ni quién remedie mis daños, ni dé
"alivio á la carga de mi mal, si la que
"más amo y es la causa dél, tan olvidado
"le tiene, y tú, cielo sordo, tan descuida-
"do estás de esta memoria. ¡Ay, Arsia mía,
"causa principal, contigo me vi alegre en
"dulces pláticas, contigo en deleite cazan-
"do por los altos montes, contigo dichoso
"visitando los sacros templos; ya sin ti
"por pequeña ocasión me veo triste, lleno
"de dolor y miseria; sin ti me veo mez-
"quino, siempre llorando, solo y sin vo-
"luntad de compañía; ¡ay cuántas veces
"contigo coroné los toros, reduje y estre-
"ché los ganados con el son de mi zam-
"poña y tu lira, al cual unos de pacer
"olvidados y escuchaban y otros de placer
"conmovidos rumiaban las tiernas y matu-
"rinas hierbas! ¡y cuántas veces sin ti,
"olvidado el hato por los riscos y solita-
"rios valles, me lamento, donde mis ojos
"te dan ríos, ríos te dan mis ojos; y mi
"triste zampoña te canta, entre mis justas
"querellas, alguna parte de tus más justos
"olores; de manera que ya los árboles á
"tu suave nombre con sus hojas me res-
"ponden, y yo enseñaré á las bestias que
"con sus bramidos, al son dél, muestren
"temor y humildad, escribiendo por estos
"olmos, por estas hayas, por estos pinos,
"tu crueldad y mi pena, tu beldad y mi
"firmeza; de manera que en largos tiempos
"dure tu memoria, y de temor sea tu nom-
"bre reverenciado, sin que jamás la fama
"de tu valor y mi dolor se acabe!"

Apenas el sin ventura había llegado á los postreros acentos de su querrellosa plática, cuando repentinamente, sin poder los pastores avisarse, le vieron caído en tierra, y queriendo llegar á socorrerle, les fué forzado dexarle por no impedir á una Ninfa que lastimosa á él vieron llegar, cuya hermosura juzgaron digna de las palabras del desmayado amante; mas ella llorosa y con angustiado rostro vertió sobre

el pastor abundantes lágrimas, y después con ardientes suspiros le decía:

"¡Oh, Livio, Livio, más hermoso que el
"sol, más gracioso que el alba y más sua-
"ve que el aura! Tú solo, desde tu naci-
"miento, fuiste agradable á mis ojos, tú
"sólo fuiste dulce á mi alma, tú solo de-
"leitoso á mis sentidos, mas tú solo injusto
"á mis orejas. ¡Oh, Livio, Livio, amarga
"fue la hora que tu voluntad violaste; con-
"tentáste con lo mucho que te amaba;
"miraras la amistad que te hacía, pues bas-
"tara á entretener cualquier ardiente deseo;
"mas ¡ay! que ni bastó mi honestidad á
"refrenar tu apetito ni mi respeto á mudar
"tu intención, y así con ambas cosas me
"injuriaste y con tu va'or me tienes en
"tu cadena: conténtate con que si penas,
"peno; si amas, amo, y si me sigues, huyo
"de mi mismo contento y alegría, y no
"quieras más mal de lo pasado, y agora,
"pues con mi vista te arrodillaste y con
"mis lágrimas recuerdas, quédate á Dios,
"que no es justo que veas á quien con
"el corazón amas y con los hechos abo-
"rrecas!"

En esto la hermosa Ninfa, temerosa del pastor que en su acuerdo volvía, comenzó á apresurar los passos por la espesura; mas el pastor, que con sobresalto en sí volvió, mirando á una y á otra parte se levantó del suelo y la comenzó á seguir repitiendo su nombre muchas veces: de la cual cosa nuestros pastores extrañamente admirados, quisieron ver el fin de aquella historia, y siguiéronlos á passo largo sin detenerse más de una milla, que no los perdieron de vista hasta la traspuesta de de un monte, que como tragados de la tierra se desaparecieron; y casi corridos de no haberlos alcanzado, baxaron de la cumbre y no se dexaron andar por un valle espacioso donde á partes yermo y á partes plantado estaba lleno de frescura y deleite. Llamábase éste el valle del Venero, porque casi en medio de él estaba una fresquísima fuente rodeada de olmos y salces. Aquí guiaron nuestros pastores con intención de reposar un rato en ella y aliviar del peso á los zurrónes comiendo de lo que dentro traían; mas esto no pudo ser como pensaron, que á poca distancia antes que llegassen, ya que á sus oídos to-

caba el rumor de la agradable corriente, toparon á Carpino que les salió al encuentro, rico y noble rabadán, de poca edad y de muchos casos, amigo de Amor pero más de su libertad, y así á cada cosa acudía con un mismo cuidado; éste les dijo que se detuviessen si no querían turbar á cinco Ninfas que en la fuente reposaban, y él había esperado si alguna desmandada yiniese por allí con intención de hablarle; mas ellas, después de largas pláticas se habían quedado dormidas, y que á la otra parte del valle á la entrada de la selva tenían sus redes armadas y otra Ninfa que las estaba guardando; al razonar de Carpino, ó caso que ellas lo oyessen, ó que el cuidado les quitase el sueño, comenzaron á hablar, y los pastores, por oirlas, se entraron con gran silencio entre las matas, donde fácilmente las conocieron y se vieron llenos de contentamiento. Por lo menos eran la sin par FILIDA, la discreta Filis, la gallarda Clori, la hermosa y agradable Albanisa y la graciosa y bella Pradelia, entre las cuales FILIDA, sacando la lira por su ruego casi divinamente tocada, y pienso que de los divinos espíritus atentamente oída, cantó esta letra antigua con estas coplas de su raro ingenio:

Letra.

FILIDA

Enjuga, Filis, tus ojos,
que el tiempo podrá curar
lo que no tú con llorar.

Coplas.

Si piensas que son las penas
con el llorar redimidas,
más lágrimas hay vertidas
que tiene la mar arenas;
y pues ellas no son buenas,
al tiempo debes llamar,
que puede más que llorar.

Si acaso el llorar bastara
á aliviar nuestros quebrantos,
yo que sufro y callo tantos,
hasta secarme llorara.
Pero pues es cosa clara,
que no tiene de bastar,

¿para qué sirve llorar?

No hay peligro tan ligero
que con llorar se asegure,
ni mal que el tiempo no cure,
por desvariado y fiero;
el reparo verdadero
el tiempo te le ha de dar,
que no Filis, el llorar.

Si es fuego que Amor emprende,
no le mata el agua, no,
que como en la mar nació
con el llorar más se enciende;
pues mi consejo te ofende,
toma el tiempo en su lugar,
valdráte más que llorar.

Esta canción fué solemnizando FILIDA con su gracia, las Ninfas con sus loores y los pastores con su silencio, pero Filis con sus suspiros, y al fin della, con ellos y este soneto acompañó la lira:

FILIS

Pues la contraria estrella de mi vida
no hace cosa que no sepa á muerte,
tenga piedad de mi dolor la muerte,
poniendo fin á tan cansada vida,

Tal ha sido el discurso de la vida,
que mil vidas daré por una muerte;
quizás satisfaré con esta muerte;
á quien siempre ofendí con esta vida.

Siempre fueron contrarias vida y muerte,
que va la muerte á quien querría la vida,
que está la vida en quien desea la muerte.

Yo que soy enemiga de la vida,
librame della, perezosa muerte,
antes que muera á manos de tal vida.

Acabó Filis su cantar, mas no cessaron sus suspiros, á la cual Clori piadosamente dixo: Desde ayer te veo llorosa, Filis, y no te he preguntado la causa; pero pues Filida te ha procurado consolar, dime qué nueva pasión te aflige para que yo también lo haga. A esto respondió FILIS: "No es nuevo tener yo que llorar, ni dolerte tú de mis pesares; mas ahora son de manera que los extraños lo pueden hacer, cuanto más FILIDA y tú á quien yo tanto amo. El descuido de Mendino me tiene llena de sospechas, y nunca el alma me dice cosa que me engañe". Palabras fue-

ron estas que hicieron temblar el corazón de alguna que allí estaba y por muy amada de Mendino se tenía; turbó el color de su rostro y atravesó razones que descubrieron más su sentimiento, lo cual mirando Clori con gracioso semblante dixo: Todos los hombres son mudables, y á la verdad menos nosotras nos dexamos olvidar, pero yo muy disculpada estoy en haber dexado Castalio por Cardenio, pues hice la voluntad de su padre y el mío, y aun mi negocio y el suyo: pésame que *Mendino* te dé ocasión de quexarte aunque ya tú le conoces; bien sabes á quién amó en el *Hennares*, y en apartándose en lo que se entretuvo, y que apenas murió Elisa, cuando se ocupó en otras partes, que antes de llegar á ti tuvo muchas leguas de mal camino. A esto dixo Filis: ¡Oh, Clori, qué engaño tan grande es pensar que tenga Mendino olvidado su primer amor! Más vivo está en su alma que nunca estuvo; con esta carga le tomé, Ninfa; y de otras muertas y vivas antes de mí, poco me penó. que es *agua pasada*: cosas nuevas son las que escuecen y lo harán hasta la muerte. Eso me admira, dixo Clori; luego cuando trata MENDINO, ¿pasatiempo y burla es? Tenlo por cierto, dixo la bella Albanisa, que yo soy bastante testigo de sus veras y sé que con nadie las puede tener, porque las consagró á buen lugar. Su hado lo sea, dixo Pradelia, que el contento general sería. A esto Filis quiso responder, mas fué impedida de Florela, que estaba en guarda de las redes, y como vido llena la selva de aves que se venían á recoger del sol, presurosa le vino á avisar, y ellas sin detenerse dejaron la plática y la fuente y siguieron á Florela. Los pastores, que ni palabra ni afecto habían perdido, cuál confuso y cuál contento se fueron con el mismo secreto siguiéndolas por entre las plantas; hasta que, sin avisarse, toparon con una de las redes, teñida en verde perfetissimo, que de dos altos chopos hasta la tierra pendía. A un lado estaba una alta peña cubierta con las copas de árboles, donde los cuatro pastores subiéndose sin ser vistos, descubrían la selva: vieron las hermosas Ninfas, que, puestas en ala, con largos ramos en las manos comenzaron á sacudir las plantas, trayendo cada una las

aves hacia sus redes, que, espantadas del ruido, de rama en rama venían hasta dar en ellas. No á cuarto de hora que desta suerte fatigaron la selva, sus anchas redes sembraron de más de cien maneras de aves, desde el simple ruiseñor hasta la astuta corneja. Y á este tiempo, passando Ergasto por la selva, sentado sobre el asnillo, las Ninfas le llamaron para que las ayudasse á desprender las redes: ésta tomaron los pastores por propicia ocasión, y decendiendo á las Ninfas, alegremente fueron dellas recibidos. Allí vió *Siralvo* todo su bien; Cardenio todo su gusto, porque era general con Ninfas y pastoras; pero *Mendino*, que había oído hablar tan profundamente de sí, con más recato gozó de aquella buena suerte; y todos juntos llegándose á las redes, baxó SIALVO las de FILIDA, Cardenio las de Clori, Mendino las de Albanisa, que era su deudo y verdadero amigo; Carpino las de Filis y Ergasto las de Pradelia, y echándolas sobre el asnillo, á Florela se le encomendó que las llevasse al monte, y en tanto que tornaba acordaron de volverse juntos á la fuente. ¡Oh, amadas Ninfas; oh, pastores míos! ¿quién podrá decir lo que allí passastes? ¿Quién viera á *Siralvo* ardiendo en su castísimo amor, donde jamás sintió brizna de humano deseo; á Cardenio tan enriquecido de despojos; á Carpino tan inclinado á todas, y á *Mendino* de todas tan juzgado, que sola Albanisa le defendía? No se descuidó Cardenio en decir cómo los tres iban buscando la cueva de Erión, con intención de habitar en ella, ni las Ninfas contradijeron su propósito, antes le aprobaron; y á fin de sus razones FILIDA pidió á SIALVO que cantasse, y él, que quizá no tenía más gana, sacó la lira, á cuyo son dixo mirando los ojos de la hermosa Ninfa:

SIALVO

Ojos llenos de consuelo,
si vuestra luz me faltasse,
fálteme él, si no esquivasse
los míos de la del cielo;
quien de vuestro mirar tierno
gozó la gloria algún día,
fuera della, ¿qué vería
que no le fuesse un infierno?

Van el daño y el provecho
tan juntos en esta historia,
que vuestra sola memoria
fabrica un cielo en mi pecho;
pero si el helado miedo
de perderos llega allí,
¿quién dará señas de mí?
Hable Amor, que yo no puedo.

No será poca osadía
tenerla Amor en hablar,
que yo le he visto temblar
á vuestra luz más de un día;
él me ofende y yo le ofendo
si nuestras causas callamos,
ojos, hablemos entramos,
él temblando y yo muriendo.

Vos sabéis que no hay quien huya
de esos rayos vencedores,
y él sabe que sois señores
de mi alma y de la suya;
yo sé que si me dexáis
llevará Muerte la palma,
pues tanto tengo en el alma,
ojos, cuando me miráis.
Cuando miráis producís
mayos de contentamiento,
y á cualquier apartamiento
inviernos los convertís
y en la sequedad mayor,
como tornéis á mirar,
el más marchito lugar
vuelve de vuestro color.

Teniendo tales maestros,
tal espíritu quisiera,
que quien mis loores oyera
conociera que eran vuestros;
mas si en la intención se gana,
en el efecto se yerra:
mal podrá pincel de tierra
sacar labor soberana.

A la gloria de miraros
sólo iguala el bien de veros,
y á la pena de perderos
el dolor de no hallaros;
el punto que os puedo ver
es el que tiene el deseo,
y si no os veo, no veo;
ved si hay más que encarecer.

Aunque mi alma sustenta
vuestra luz en mis enojos,
la sed de veros, mis ojos,
con miraros se acrecienta;
y ¿qué señal más segura,

qué razón más conocida
de estar sin alma y sin vida,
que haber en veros hartura?

Sois grandezas peregrinas,
sois milagros inmortales,
sois tesoros celestiales,
sois invenciones divinas,
sois señales de bonanza,
sois muertes de los enojos,
sois ídolos de mis ojos,
sois ojos de mi esperanza.

Por más agradable tuviéramos á Florela, á ser esta vez menos diligente, porque no hizo más de llegar al monte y en lugar señalado dejar en guarda la caza y volverse con el asnillo de Ergasto á llamar á las ninfas que la fuessen á repartir. Llegó cuando *Siralvo* acababa su *canción*, y acabóseles á todos el contento, porque á la hora, dejando sentimiento en el lugar cuanto más en los corazones, que más que á sí las amaban, las ninfas se despidieron; también el galán Carpino se fué por su parte, Ergasto por la suya; Cardenio, Mendino y *Siralvo* atravesaron por sendas y veredas al valle de los Fresnos y á la misma hora de medio día bajaron los riscos y passaron á la morada de Erión, donde le hallaron curando con hierbas á un miserable pastor que, siguiendo á una ninfa á quien amaba y se huía, con rabia y dolor se había despeñado, y sus amigos llevaronle al mago sin sentido. Luego conocieron los pastores que era el mismo que ellos venían siguiendo, y después de saludar á Erión y ser dél alegremente recibidos, ayudaron allí en lo que pudieron, hasta que Livio, que si os acordáis así le llamó la ninfa, volvió en sí, y haciéndole beber un precioso licor, quedó totalmente reparado y arrepentido, que tal fuerza puso Dios en el saber humano. Con esto Mendino apartó al mago y le dixo cómo los tres venían por algunos días á habitar su morada, de que Erión recibió mucho contento, y despidiendo á Livio y á sus compañeros, entró con los tres por los secretos de su cueva, que, para no la agraviar, era de realissima fábrica, pero toda debajo de tierra, con anchas lumbres que en vivas peñas se abrían á una parte del risco, donde jamás humano pie llegaba. No sé yo si

esto fuese por fuerza de encantamiento ó verdadero edificio, pero sé que su riqueza era sin par. Primero entraron á una ancha y larga sala de blanco estuco, donde, en concavidades embebidas, estaban de mármol los romanos Césares, unos con bastones y otros con espadas en sus manos, y en los pedestales abreviados versos griegos y latinos, que ni negaban á Julio César sus victorias ni callaban á Helio gáballo sus vicios. El techo desta sala era todo de unos pendientes racimos de oro y plata, que por sí pudieran clarificar el alto aposento, en medio del cual estaba una mesa redonda de precioso cedro sobre tres pies de brasil, diestramente estriados, y alrededor los asientos eran de olorosa sabina. Aquí pienso que el mago adivinó la necesidad, porque los hizo sentar y sacó fresquísima manteca y pan, que en blancura le excedía, sin faltar precioso vino, que con el agua saltaba de los curiosos vasos, y habiendo satisfecho á esta necesidad, entraron á otros aposentos (aunque no tan grandes), de mucha más riqueza. Admirados quedaron los pastores de que en las entrañas de los riscos pudiese haber tan maravillosa labor, pero á poco rato perdieron la admiración desto, y la hallaron mayor en un fresco jardín que sólo el cielo y ellos le veían, donde la abundancia de fuentes, árboles y hierbas, la armonía de las diversas aves y la fragancia de las flores, representaban un paraíso celestial; á la una parte del cual estaba una lonja larga de cien passos y ancha de veinte, cubierta de la misma labor de la primera sala. Era el suelo de ladrillo esmaltado, que por ninguna parte se le veía juntura; á una mano era pared cerrada y á otra abierta, sobre columnas de un hermoso jaspe natural; por todas partes se veía llena de varias figuras que, de divino pincel, con la naturaleza competían, y en la cabecera se levantaba, sobre diez grados de pórfido, un suntuoso altar, cubierto de ricos doseles de oro y plata, y en él la imagen de la ligera Fama, cubierta de abiertos ojos y bocas, lenguas y plumas, con la sonora trompa en sus labios; tenía á sus lados muchos retratos de damas de tan excesiva gracia y hermosura, que todo lo demás juzgaron por

poco y de poca estima. Aquí Erión los hizo sentar en ricas sillas de marfil, y él con ellos, al son de una suave baldosa, así les dixo, puestos los ojos en la inmensa beldad de las figuras:

ERIÓN

Desde los Etiopes abrasados hasta los senos del helado Scita, fueron nueve varones consagrados á la diosa gentil que al alma imita; los nueve de la Fama son llamados, y lo serán en cuanto el que se quita y se pone en Oriente para el suelo, no se cansare de habitar el cielo.

Agora cuanta gloria se derrama por todo el orbe, nuestra Iberia encierra en otras lumbres de la eterna Fama, por quien sus infinitas nunca cierra; recuperaron con su nueva llama aquella antigua que admiró la tierra, para que, como entonces de varones, muestre de hoy más de hembras sus bla-

[sones.

Estas cuatro primeras son aquellas que á nuestro cristianísimo monarca han prosperado las grandezas dellas más que cuanto su fuerte diestra abarca; después que el mundo vió su fruto en ellas, segó las flores la violenta Parca.

Luso, Galia, Alemania con Bretaña lloran, y Iberia el rostro en llanto baña.

Tras ellas la Princesa valerosa, aquella sola de mil reinos dina, á quien fué poco nombre el de hermosa, no siendo demasiado el de divina; á cuya sombra la virtud reposa y á cuya llama la del sol se inclina, ínclita y poderosa doña Juana, por todo el mundo gloria Lusitana.

Las dos infantas que en el ancho suelo con sus rayos clarísimos deslumbran como dos nortes en que estriba el cielo, como dos soles que la tierra alumbran, son las que á fuerza de su inmenso vuelo el soberano nombre de Austria encumbran, bella Isabel y Catarina bella, ésta sin par y sin igual aquélla.

De clarísimos dones adornadas luego veréis las damas escogidas que, al soberano gremio consagradas, rinden las voluntades y las vidas;

ni de pincel humano retratadas, ni de pluma mortal encarecidas, jamás pudieron ver ojos mortales otras que en algo pareciesen tales.

Aquel rayo purísimo que assoma, como el sol tras el alba en cielo claro, es doña Ana Manrique, de quien toma la bondad suerte y el valor amparo; la siguiente es doña María Coloma, que en hermosura y en ingenio raro, en gracia y discreción y fama clara su nombre sube y nuestra vida para.

Hoy la beldad con el saber concuerda (1), hoy el valor en grado milagroso, en otras dos que cada cual acuerda la largueza del cielo poderoso; ésta de Bobadilla y de la Cerda, con estotra de Castro y de Moscoso, una Mencia y otra Mariana: ésta el lucero y ésta la mañana.

Doña María de Aragón parece esclareciendo al mundo su belleza; su valor con su gracia resplandece, su saber frisa con su gentileza, y la que nuestra patria ensoberbece, y á Lusitania pone en tanta alteza con cuantos bienes comunica el cielo, es la bella Guiomar, gloria de Melo.

La más gentil, discreta y valerosa, la de más natural merecimiento, será doña María, en quien reposa el real nombre de Manuel contento; y esta Beatriz, tan bella y tan graciosa, que excede á todo humano entendimiento, luz de Bolea, diga el que la viere: Quien á tus manos muere, ¿qué más quiere?

Doña Luisa y doña Madalena de Lasso y Borja, el triunfo que más pesa, vida de la beldad, de amor cadena, de la virtud la más heroica empresa, que cada cual con su valor condena á la fama inmortal que nunca cessa, ni cessará en su nombre eternamente: veislas allí, si su bellad consiente.

Aquel cuerpo gentil, aquel sereno rostro que veis, aquel pecho bastante, es de doña Francisca por ser bueno Manrique, porque va tan adelante; y aquellas dos, que no hay valor ajeno que se pueda llamar más importante, son doña Claudia y Jasincur, adonde

(1) En la primera edición se lee *acuerda*, repitiendo el consonante Mayans enmendó bien *concuerda*.

con el deseo la gloria corresponde.

De Diatristán el nombre esclarecido, en Ana y en Hipólita se arrima, y en ellas vemos el deseo cumplido de cuantos buscan de beldad la cima; su mucho aviso, su valor crecido, de suerte se conoce, así se estima, que vista humana no se halla dina para mirar tal dama y tal Menina.

Doña Juana Manrique viene luego, doña Isabel de Haro en compañía, y doña Juana Enríquez, por quien niego que haya otras gracias ni otra gallardía; por estas tres espera el Amor ciego quitar la venda y conocer el día, que esta estrella, este norte, este lucero, serán prisión de más de un prisionero.

Aquesta es la clarísima compañía que el invicto Felipe escoge y tiene con los soles purísimos de España, y cuanto el cielo con su luz mantiene; de lo que el Tajo riega, el Ebro baña, mostrarnos otras lumbres me conviene, que donde aquestas son fueron criadas, y otras no menos dinas y estimadas.

La que con gracia y discreción ayuda á su mucha beldad, con ser tan bella, que si estuviera su beldad desnuda, gracia y saber halláramos en ella, doña Luisa Enríquez es sin duda; duquesa es del Infantado, aquella en quien el cielo por igual derrama hermosura, linaje y clara fama.

Esta rama esta flor maravillosa, de aqueste cielo aquesta luz fulgente, deste todo esta parte gloriosa, de aquesta mar aquesta viva fuente; bella, discreta, sabia, generosa, es gloria y ser de innumerable gente, dice doña Ana de Mendoza el mundo, y el Infantado queda sin segundo.

Aquellas dos duquesas de un linaje, entrambas de Mendoza, entrambas Anas, á quien dan dos Medinas homenaje, de Sidonia y Ruiseco, más humanas rinden las alabanzas vassallaje, á sus altas virtudes soberanas, Mendoza y Silva, en sangre y en ejemplo de valor y beldad el mismo templo.

Doña Isabel, gentil, discreta y bella, de Aragón y Mendoza, allí se muestra marquesa de la Guardia, en quien se sella todo el ser y valor que el mundo muestra;

¿qué bien da el cielo que no viva en ella?
¿qué virtud hay que allí no tenga muestra?
Diga el nombre quién es, que lo que vale,
no hay acá nombre que á tal nombre iguale.

Mirad las dos de igual valor, *doña Ana*
y *doña Elvira*, cada cual corona
de cuanto bien del cielo al mundo mana,
como la fama sin cesar entona,
Enríquez y *Mendoza*, por quien gana
tal nombre *Villafranca* y tal *Cardona*,
que de su suerte y triunfo incomparables
quedarán en el mundo inestimables.

Humane un rayo de su rostro claro
en mi pecho, si quiere ser loada,
aquella que en virtud é ingenio raro
es sobre las perfectas acabada:
ser *condesa* de *Andrada* y ser amparo
de *Apolo*, es alabanza no fundada;
ser *doña Catarina*, ésta lo sea
de *Zúñiga* y del cielo viva idea.

Veis las dos nueras del segundo Marte,
y de la sin igual en las nacidas,
á quien el cielo ha dado tanta parte,
que son por gloria suya conocidas:
la una dellas en la *Albana* parte,
y la otra en *Navarra* obedecidas,
son *María* y *Brianda* y su memoria,
de *Toledo* y *Viamonte* honor y gloria.

Aquella viva luz en quien se avisa
para alumbrar el claro sol de Oriente,
que entre sus ojos lleva por divisa
la gracia y la prudencia juntamente,
será la sin igual *doña Luisa*
de *Manrique* y de *Lara* procediente,
duquesa de *Maqueda*, y más segura
reina y señora de la hermosura.

Aquella que los ánimos recuerda
á buscar alabanza más que humana,
á donde, si es possible que se pierda,
hallaréis la beldad, pues della mana,
la gloria de *Mendoza* y de la *Cerda*,
es la sabia y honesta *doña Juana*,
por quien la gracia y el valor se humilla
y se enriquece el nombre de *Padilla*.

Aquella en quien natura hizo (1) prueba
de su poder, y el cielo y la fortuna,
doña Isabel riqueza de la *Cueva*,
duquesa es de la felice *Ossuna*;
y el claro sol que nuestros ojos lleva
á contemplar sus partes de una en una,
es *doña Mariana Enríquez*, bella,

(1) Así en la primera edición. En la de Mayans,
hace.

fénix del mundo, para no ofendella.

La que con sus virtudes reverbera
en su misma beldad, luz sin medida,
es *doña Guiomar Pardo* de *Tavera*,
en quien valor y discreción se anida;
y la que levantando su bandera
es á las más bastantes preferida,
es *doña Inés* de *Zúñiga*, en quien cabe
cuanto la fama de más gloria sabe.

Veis aquella *condesa* generosa
de *Aguilar*, á quien Amor respeta,
entre las muy hermosas más hermosa
y entre las muy discretas más discreta,
que de virtud y gracia milagrosa
tocar la vemos una y otra meta,
doña Luisa de *Cárdenas* se llama,
gloria del mundo y vida de la fama.

Ved el portento que produjo el suelo
donde natura mayor gloria halle,
Madalena gentil, que el cortés cielo
Cortés le plugo su consorte dalle,
Cortés levanta de *Guzmán* el vuelo,
Guzmán resuena en el felice *Valle*,
porque el descubridor del Nuevo Mundo
goce del nuevo triunfo sin segundo.

Aquella de valor tan soberano
que es agravio loarla en hermosura,
aunque natura, con atenta mano
se quiso engrandecer en su figura,
en quien linaje y fama es claro, y llano
poner su raya en la suprema altura,
condesa de *Chinchón*; mas es el eco,
que lo cabal es *doña Inés Pacheco*.

Doña Juana y *doña Ana*, son aquéllas
de la *Cueva* y la *Lama*, madre y hija.
Medina Celi y *Cogolludo* en ellas
tienen el bien que al mundo regocija:
hermosura y valor que están en ellas,
sin que halle la invidia que corrija,
fama y linaje deste bien blasonan
y las virtudes dellas se coronan.

Aquella fortaleza sin reparo,
aquella hermosura, sobre modo,
aquella discreción, aquel don raro
de dones, y el de gracia sobre todo,
del tronco de *Padilla*, lo más claro
de las reliquias del linaje godo,
en quien del mundo lo mejor se muestra,
es *marquesa* de *Auñón* y gloria nuestra.

Aquella es la *princesa* por quien suena
la temerosa trompa tan segura,
y dice *doña Porcia Maddalena*,
por quien *Asculi* goza tal ventura;

y aquella que el nublado sol serena
y el claro ofusca con su hermosura,
tal que en *Barajas* vencerá la fama,
doña Mencía de *Cárdenas* se llama.

Otra más dulce y más templada cuerda,
otra voz más sonora y no del sue'lo,
cante á *doña María* de la *Cerda*,
que en la *Puebla* podrá poblar un cielo;
y pues el son con el nivel concuerda,
que escucha atento el gran señor de *Delo*,
y la voz oye y la armonía siente,
doña Isabel de *Leiva* es la siguiente.

Aquella que entre todas raya hace
en valor, en saber y en gentileza,
que de *Mendoza* y de la *Cerda* nace,
y de *Leiva* quien goza su belleza;
por quien la Fama tanto satisface,
que con lo llano sin buscar destreza,
hace que el suelo *Mariana* diga
y que el deseo tras otro bien no siga.

La que á los ojos con beldad admira,
y á los juicios con saber recrea,
Denia la ofrece, espérala *Altamira*,
y quien la goza más, más la desea;
doña Leonor de *Rojas*, con quien tira
Amor sus flechas y su brazo emplea,
Fama se esfuerza, pero no la paga,
porque no hay cosa en que su prueba haga.

Veréis las dos de *Castro*, á quien Fortuna
impossible es que al merecer iguale,
son *Juana*, á quien jamás llegó ninguna;
Francisca, que entre todas tanto vale,
que el claro sol y la hermosa luna
de *Mendoza* y *Pizarro* en ellas sale,
Juana y *Francisca Puñonrostro* canta
y el mundo al son los ánimos levanta.

Hermanas son y bien se les parece
en valor y beldad y cortesía
las dos, do más el nombre resplandece
de *Zapata*, que el sol á medio día,
son *Jerónima* y *Juana*, en quien ofrece
el cielo cuanto por milagro cría,
Rubí se engasta de su esmalte puro,
Puertocarrero el puerto ve seguro.

En el discurso de la grave lista
id con nuevo recato apercebidos,
que la belleza ofuscará la vista
y el valor y el saber á los sentidos:
la *condesa* mirad de *Alba* de *Lista*;
veréis en ella los deseos cumplidos,
que cuanto el mundo considera y sabe,
doña María de *Urrea* es en quien cabe.

Aquella viva lumbre, decendiente

de *Mendoza, Velasco* se apellida,
Juana Gentil, en quien *Ramírez* siente
bondad y gracia y triunfo sin medida;
es *doña Juana Coello* la siguiente,
donde tal suerte y tal valor se anida,
tal beldad, tal saber, tal gentileza,
que empereza la Fama su grandeza.

Si queréis ver de discreción la suma,
si queréis de valor ver el extremo,
de hermosura el fin, donde la pluma
se ha de abrasar y al pensamiento temo,
golfo de bienes que, aunque más presuma,
no correrá el deseo á vela y remo,
volved, veréis las cuatro lumbres bellas,
y lo más que diré, lo menos dellas.

Brianda, Andrea serán *Teresa* y *Ana*,
nortes del mundo y más de nuestra Iberia,
por quien gozan vitoria más que humana
Béjar, Gibraltón, Arcos y *Feria*;
Guzmán, Sarmiento, Zúñiga, que llana
hacen la palma nuestra y dan materia
á la Fama, que haga formas tales,
que durarán por siglos inmortales.

Gracia, bondad, valor, beldad, prudencia,
linaje, fama y otras celestiales
partes se ven en firme competencia,
para quedar en un lugar iguales:
es *Mariana* quien les da excelencia,
la gloria de *Bazán*, por quien son tales
y á quien la casa de *Coruña* llama,
para más nombre, gloria, triunfo y fama.

Entre estas maravillas singulares
doña María Pimentel se mira,
valerosa *condesa* de *Olivares*,
en quien el valor mismo se remira;
y aquella preferida en mil lugares,
doña Luisa Faxardo es quien admira
á la natura, y *Medellín*, dichoso
por ella, al mundo dexará envidioso.

Aquella gracia y discreción que iguala
á la beldad, con ser en tanto grado,
que lo menos que vemos tiende el ala
sobre lo más perfecto y acabado,
miradla bien, que es *doña Inés* de *Ayala*,
sin poder ser de otra aquel traslado,
aquel extremo de amistad y vida,
de antigua y clara sangre producida.

Mirad, veréis á la gentil *doña Ana Félix*,
felicidad de nuestra era;
es *condesa* de *Ricla*, es quien allana
al siglo el nombre de la edad primera;
y aquella que se muestra más que humana
en valor, suerte y gracia verdadera,

doña Guiomar de Saa, será su historia luz de Vanegas, de Espinosa gloria.

En Távora y Cerralvo contemplamos nueva luz, que los ánimos assombre, con estas dos bellezas que juzgamos, engrandeciendo de Toledo el nombre: si ofuscada la vista retiramos, veremos otro sol de tal renombre, que el de Guzmán adelantado queda, por quien compete con el cielo Uceda.

Allí se muestra en rostro grave y ledo aquella admiración de los vivientes, honor de Enríquez, gloria de Acevedo, siendo condesa sin igual de Fuentes; y aquella (si en tan poco tanto puedo que, dexadas sus partes excelentes, diga su nombre) es doña Catarina de Carrillo y Pacheco la más dina.

Mirad las dos de extraña maravilla en valor, en saber y en hermosura: la una de Escobedo, otra de Arcilla, gloria y honor, y más de la natura, María y Catarina, á quien se humilla todo lo digno de alabanza pura, ambas por albedrío y por estrella, aquésta de Bazán, de Hoyo aquélla.

Llegue doña María de Peralta, en quien se alegra y enriquece el suelo; doña Angela de Tarsis, do se esmalta más viva luz que la que muestra el cielo; doña Isabel Chacón aquí no falta, que faltara la gloria y el consuelo; tres tales son que, para no agraviallas, gastar debía tres siglos en loallas.

Vamos á aquella de la antigua cepa de Córdoba, sin par doña María, es marquesa de Estepa, y con Estepa, serlo de un mundo entero merecía; y á ti en quien no es posible que más quepa suerte, valor, beldad y gallardía, del tronco de Velasco, Mariana, por quien el de Alvarado tanto gana.

Las tres hermanas que en mirar se goza con atención el regidor de Oriente veislas aquí cómo las muestra Poza y cómo Aranda, y cómo Avila fuente; en ellas el real nombre se alborozaba de Enríquez, y un misterio nuevo siente, que aunque no es nuevo en él el bien cum-
[plido,

eslo en el mundo el que ellas han tenido. De Castro y de Moscoso llana hacen dos Teresas la luz, y al sol escaso,

por quien Mendoza y Vargas satisfacen sin haber cosa que más haga al caso, con doña Mariana más aplacen, por quien Mendoza, enriqueciendo á Lasso, se alegra el Tajo, y su feliz corriente dirá Lasso y Mendoza eternamente.

Las dos hermanas en quien cupo tanto, que en lengua humana su loor no cabe, son Blanca y Catarina, y son espanto de quien lo menos de sus partes sabe, el claro nombre de la Cerda, en tanto abre su lumbré y éstas son la llave con su gracia y virtud resplandecientes una de Denia y otra de Cifuentes.

Aquella que, aunque el sol más se le
[acerque,

es imposible que á su luz parezca, y por más vueltas con que el cielo cerque, no hallará quien tanto loor merezca, es la gentil duquesa de Alburquerque, por quien después que todo el bien parezca, recobrarse podrá en la antigua Cueva, que ha de ser siempre milagrosa y nueva.

De singulares dones mejorada se ve doña María de Padilla, del mundo por valor Adelantada, siéndolo por estado de Castilla; y la que fué de tal beldad dotada, que la misma belleza se le humilla, doña Juana de Acuña, en quien se halla tanto, que más la alaba el que más calla.

La de Velada y la del Carpio vienen, aquésta de Toledo, ésta de Haro, y ambas del cielo en lo que en sí contienen de beldad y valor é ingenio raro; junto con ellas á su lado tienen á la que no fué el cielo más avaro, es señora de Pinto, y es aquella luz de Carrillo y de Faxardo estrella.

No nos encubre la alta Catarina de Mendoza su aspecto valeroso, marquesa de Mondéjar, sola dina de hacer nuestro siglo venturoso; ni aquella de bondad tan peregrina del nombre de Velasco generoso, que desde Peñafiel hinche la tierra de cuanto bien y gloria el mundo encierra.

La que al sol mira en medio de su esfera, y el sol se ofusca al resplandor jocundo, es doña Ana del Águila, do espera Ciudad Rodrigo, y goza el bien del mundo; quise cantar aquesta luz primera, al cabo de este templo sin segundo,

ya que en el orden no hay otro remedio para igualar principio y fin y medio.

Dixo el mago Erión; y vuelto á los tres pastores, que con sumo contento le escuchaban, recibió dellos las debidas gracias, y tornando del fresco jardín, les señaló aposentos en que habitassen y familiares suyos que los sirviessen; donde gozaban sin medida su deleite, cuándo con las diosas de los montes, siguiendo las fieras, cuándo con las deesas de las selvas, cazando las aves, y cuándo con las ninfas del sagrado río, apartando el oro de entre la menuda arena; vida dulce, más fácil de ser envidiada que imitada, donde era la razón señora, el deseo cautivo, el gusto honor, el honor regalo, Amor ardía y el respeto no se helaba; bien se puede aquí esperar firmeza, que donde falta virtud, difícil es la perseverancia. Y ahora volvamos á la ribera, donde, con su bien ó su mal, quedaron nuestros pastores esperándonos.

SEPTIMA PARTE

DEL PASTOR DE FILIDA

Si en la llaneza y soledad de los campos se lloran celos y se padece olvido, ¿de qué más se puede Amor culpar, en la pompa de las Cortes y en el tráfigo de las ciudades, de la mentira y engaño de un corazón que, dividido en mil partes, sin reparar en ninguna, á todas se vende por entero? ¿Y de la miseria del amador, que á trueco de no ser olvidado, le es fácil passar callando por más mal que sospechas y recelos, donde claro se ve cuánto mayor sea el dolor del olvido que la pasión celosa? Celosos he visto yo sin miedo de ser olvidados, y jamás vi olvidado que no viviese celoso; ausencia calle con celos; celó y ausencia con olvido; que si el ausente carece de su contento, puédele buscar, y el celoso si le halla, es en poder ajeno; y el olvidado ausente está, y con más violencia, y celoso y con menos reparo; pero todo esto no puede compararse, Amor, á la injusticia de un engaño, que mientras uno con lealtad y fe sirva y ame, sea pa-

gado con fingida voluntad y agradecida esta paga. Mas, ¿quién me aparta á tan insufrible consideración? Vuélvame la verdad de mis pastores á la agradable ribera, donde ya que como humanos hagan mudanza, no como dañados harán engaños. Vimos venir á Sasio del templo de Diana, tan contento de la venida de Silvera, como si tuviera muchas y grandes seguridades de su Amor; mas sucedióle lo que suele á los confiados, que la pastorcilla gentil, no estimando en nada haberla él hospedado en la ribera de Pisuerga y agasajádola con su música y canto tantas veces, y alabádola en tiernas y numerosas rimas, y menos la afición que de presente le mostraba, puso los ojos en el prendado Arsiano; empleo que á la verdad pudiera tener Sasio por venganza, si su mucho amor la consintiera, porque más que nunca Arsiano amaba á la hermosa Amarantha; y de aquí vino que Sasio y Arsiano adolecieron á un tiempo, con el continuo cuidado, con el celoso dolor, con las noches malas y los peores días, y en muy breves Sasio murió, dexando un general sentimiento por cuantas aguas riegan nuestra España, especial en los pastores y hermosas hijas del sagrado Tajo; y pienso que las nueve musas y el mismo Apolo sintieron esta pérdida. ¡Oh, gran padre de la Música, sin duda callabas cuando te llamó la muerte! Tú, con tu voz divina, mil veces alegraste los tristes y aliviaste los dolores ajenos, digno fué tu acento de resonar en los cielos y de mover las peñas en la tierra. ¿Cómo ahora no lo haces en la que te cubre? Vengan, Sasio, de las remotas naciones los hombres raros á llorar tu muerte, y de la propia, llore Filardo, lloren Arsiano y Matunto, y tu traslado Belisa, en quien nos queda tu mayor herencia y nuestro mayor consuelo. Fué puesto Sasio poco distante de su cabaña, en un mármol cavado, negro como el ébano de Oriente, cubierto de otro, blanco como la nieve de la sierra, y en muchas plantas que alrededor tenía se escribieron diversos epitafios en sus loores; mas entre todos el famoso Tirsi, cuyas rimas tantas veces Sasio solía cantar, en el tronco de un olmo, que con sus ramas cubría el ancho sepulcro, escribió estos versos de su mano: